

Mejor intereses que "ideas".

("El Correo", Valencia, 8 julio 1900).



Mejor intereses que "ideas",

Dionisio Pérez, basta leerle, ha sido un aventajadísimo discípulo de la vida; se ha formado viviendo, lo que por autonomasia llamamos viviendo, luchando a brazo partido, dejándose empapar de la realidad palpitante. Es uno de nuestros escritores menos librescos, y por eso me gusta; encuentro en él frescura, audacia, verdor. Dice que ha hecho vida andariega, y bien se le conoce. Me recuerda á aquellos de nuestros escritores del siglo XVII que después de haber rodado mundo y pasado por toda clase de vicisitudes, contaban á la buena de Dios sus aventuras. ¿Por qué no remoja la vieja y castiza novela castellana?

En un artículo titulado *¡Ni de Strauss!* é inserto en estas columnas, toma Dionisio Pérez en cuenta el que con el título de *¡De Strauss!* aquí publiqué, y me hace algunas observaciones que creo atinadas. Parece que tiene él razón y que yo también la tengo y que ninguno de los dos la tenemos. Desde luego que podríamos venir pronto á común acuerdo.

Mi artículo *¡De Strauss!* era una acción más de la campaña que contra la ideocracia—la tiranía de las ideas—tengo desde hace algún tiempo emprendida.

A ella responden mis «Tres ensayos», obra en que he definido mi posición á tal respecto. Y en ella insisto, consisto, resisto y persisto.

Díceme Dionisio Pérez, que conoce bien la corte y los cortijos nacionales, que esa campaña es otra que tal como las de Don Quijote. «Molinos de viento, yanguéses, comediantes y muchos bachilleros Sansón Carrasco, disfrazados ora de Caballero de los Espejos, ora de la Luna, serían los enemigos á quienes tendríamos que acometer, derribar y vencer en combates tan desaforados como infructuosos», me dice. Acepto la comparación. Si, hay que acometer á molinos de viento y derribarlos, porque los más de nuestros ideales son molinos y moli-



Mezcla por intereses que "ideas".

2



nos de viento que nada muelen, porque como no sopla viento alguno se están parados; hay que acometer á comediantes y hay que derribar sobre todo á Sansón Carrasco. Que fueran infructuosos aquellos combates de Don Quijote no lo creo; tángolos, antes bien, por fructuosísimos. Mas esto lo dejo para cuando publique mis *Meditaciones sobre el Quijote*.

Ya sé que mi ensayo «La ideocracia,» y en general cuanto contra la tiranía de las ideas llevo escrito, ha causado extrañeza en unos y escándalo en otros. Tal vez deba acusarme de no haber definido bien lo que por *idea* entiendo y lo que son las que Spencer llama *pseudo-ideas*, y haberme metido en una disertación psicológica respecto á las ideas. Acaso hubiera hecho mejor en llamarlas *concepto*. Porque es eso, lo que llamamos concepto, la especie intelectual formulable y definible, construída lógicamente, la que se sujeta á esquemas, el producto mental transmisible, lo que creo peligroso cuando lo erigimos en ídolo. Nada más pernicioso que el jacobino, el que intenta ajustar la sociedad ó la vida á un patrón trazado en sus partes todas. Son temibles los hombres que quieren hacer vida deductiva, ajustándola á principios abstractos de orden puramente intelectual, á dogmas; son temibles los que forjan una imagen de una sociedad futura, construída imaginativamente, aunque invquen la ciencia, y quieren que la realidad se moldee á ella; son temibles los sectarios todos.

Díceme Dionisio Pérez que apenas hay en la nación quien tenga ideas, especule con ellas y las corrija, mude, trastrueque, amplíe, eslabone, etc. Cierto, y por eso, por haber tan pocas ideas es por lo que la ideocracia impera, porque cuantas menos ideas más tiránicas éstas. Y si él ha hecho vida andariega y conoce la corte y los cortijos nacionales, tampoco yo me he estado siempre metido en mi biblioteca ni he dejado de correr tierras y de tratar con gentes. Y, por mi parte, casi siempre encuentro debajo de todo español un jacobino, adherido como la lapa á la roca á una ó dos ideas rocosas, duras, inmutables. Y por ahí se ha acabado en adherirse á nombres de ideas; es lo natural.



1.5.2 / 283

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



Ahora anda por ahí una secta que proclama un nuevo ideal, y es como todas, ferozmente ideocrática. Sus adeptos poseen unas cuantas ideas, pocas y pobres, escuetas, esquinosas, enormemente simples, sin matiz alguno, y se aferran á ellas y no hay modo de que vean la realidad, la realidad rica en antinomias y antítesis, proteica, multiforme, indefinada, de infinita complejidad. Son incapaces de ascender al noble, profundo, vigoroso y fecundante *escepticismo*, tomando este vocablo en su acepción primitiva. (*Esceptico* es el que inquiere é investiga, consciente de que por cada problema que se resuelve surgen tres ó cuatro nuevos; consciente de la relatividad de todo conocimiento, de que todo error es subjetivo. Lo contrario del *esceptico* es el *dogmático*).

Pero lo que en realidad niega Dionisio Pérez es que seamos ideócratas, afirmando que no ideas, buenas ó malas, amplias ó estrechas, pobres ó ricas, sino intereses egoístas nos guían. No niego que, por fortuna, algo de eso empieza á ocurrir en España; pero estamos muy lejos, por desgracia, de sustituir á las ideas con intereses. Porque el interés depurado, elevado y sublimado es algo más humano que la idea convertida en ideal.

¿Ideal? Nuestro ideal debe ser la realidad misma; no hacer algo contrario á lo que hacemos, sino hacer lo ordinario y cotidiano con toda nuestra alma y todas nuestras potencias y sentidos. ¿Ideal? No una sociedad futura, sino la misma sociedad presente sentida con alma. Cumplir la ley con alma y corazón es el mejor modo de sacudirse de ella.

¿Originalidad? La más honda ha de hallarse en repensar los viejos lugares comunes. (Es la de Tolstoi.)

Malo debe ser pensar «con la desconocida entraña repugnante donde se engendra el egoísmo»; pero no es mejor pensar con sólo el cerebro. Prefiero que me aplique el prójimo su egoísmo á no que me aplique una idea lógica, un concepto formulable; con él puedo tratar, con éste no. Y después de todo, ¿hay egoísmo más feroz que el de pretender acomodar las cosas á *mi* idea, ajustarlas á *mi* concepción?

Pero esto va largo y es inacabable. Dispénseme, pues, el amigo Dionisio Pérez que lo deje aquí por hoy, y digo *por hoy*, porque sus observaciones merecen que se las tenga muy en cuenta.

Miguel de Unamuno.

